

Ni me asombro ni me disgusto

Esperaba como cosa segura el chaparrón de injurias y malevolencias de todo género y calibre, que me dedica *Bradomín* en el "Diario de Panamá". Sólo he incurrido en un error de cálculo, pues yo esperaba el chaparrón el lunes y ha venido el martes.

Cada cual ha nacido para una función determinada. *Bradomín* nació para insultar, y no puede negarse que lo hace perfectamente. Vive del insulto, por el insulto y para el insulto. Aunque reconozco sus méritos para ofender, y aunque yo soy una de las víctimas de tales méritos, me queda reposo interior sobrado para compadecerle, al persuadirme de la tristísima misión que le trajo al Mundo. Que se repase toda la serie de sus escritos, y se me diga si no es la ofensa lo que predomina en ellos, lo que se destaca por cima de todo lo demás. Si estas no abundan, ocupan su lugar las burlas, pero burlas de mísero gusto, chocarreras, llenas de bilis, sin objeto y sin enseñanza, formuladas con la intención de zaherir, nunca de corregir y educar. Y tales burlas, claro que no son en el fondo más que injurias. Cuando faltan las injurias directas y las burlas, hay cuantiosa porción de alabanzas desmedidas, o dicho en castellano llano y liso, de adulaciones.

Morder o lamer es el dilema único dentro del cual operan los seres de cierta contextura moral. Por muchas vueltas y revueltas que den, por muchos barnices que usen, siempre caerán en uno de los dos extremos. No son capaces de más, no pueden dar de sí otros frutos. Quien sepa profundizar y comprender, acabará por tenerles lástima y hasta por disculparles. ¿Acaso la víbora puede ser culpable de su veneno? ¿Qué culpa es posible hallar en el solípedo que nos suelta un par de coces? ¿Qué responsabilidad sería razonable pedir al tigre por estar armado de uñas? De igual manera, ¿qué cargos lógicos es dable hacer al que nació impulsivo, y no fué refrenado por una educación adecuada, sino muy al contrario enardecido y desbordado en su impulsividad por la incultura, por la vanidad, por el medio y por las más desconsoladoras degeneraciones?

Yo no necesito justificarme ni defenderme de nada de lo que me dice *Bradomín*. Sería una infantilísima caudidez el intentarlo si-

quiera. Mis escritos y mi conducta de siempre, durante los cuatro años que hace vivo en el país panameño, bastan y sobran para justificarme y defenderme. Todo el mundo me conoce y todo el mundo conoce a *Bradomín*; y estoy convencido de que nadie, ni aun el mayor de mis adversarios, se atrevería a compararme con él.

En la librería "La Postal", estando presentes los señores Gervasio García, José Oller, Taracido y yo, manifestaron Zamacois y su representante que *Bradomín* se presentó a ellos en completa embriaguez, y que no es cierto recitase los versos de Miró ni los de ningún otro poeta.

¿Qué valor alcanzarán todas las palabras, todos los pataleos, todas las divagaciones, todos los improperios de quien se cree con bastantes títulos de privilegio y de omnipotencia, para poder hacer visitas en tal estado y para mentir con tamaña frescura, llevando por añadidura la representación de un periódico serio?

No creo que *Bradomín* llegue a la torpeza de negar esto. Mas si llegara, quiero recordarle que, a las diez de la mañana de un día no muy lejano, pasando yo cerca del Mercado, se me acercó a saludarme tambaleándose. Un joven que se tambalea a las diez de la mañana, excuso decir cómo estará a las cinco de la tarde. Y excusado es también decir cuantas personas se tragarán sus embustes.

Mucho ha mentido *Bradomín* en el artículo que me dedica. Sin embargo, es cierto que una vez pasó frente a mi domicilio, en ocasión que yo "dormía una siesta beatífica sobre un muelle sillón, soñando en la Renovación social". Pero se le olvidó agregar que me despertaron los muchachos, que se reían de *Bradomín* y de su acompañante, al verles dar traspies y pretender en vano sujetarse el uno al otro. ¡Y qué despertar tan apenador el mío! ¡Caer de golpe, desde las cimas de mi sueño hasta las amargas realidades de tan feo espectáculo! Tampoco se acordó *Bradomín* de añadir que yo he seguido durmiendo mis siestas beatíficas y soñando en la Renovación social, y él ha continuado despertándose, por el mismo edificante y bello procedimiento.

Yo no he citado nunca en particular a *Bradomín*, para la fundación de un Ateneo. Los fundadores éramos tres y siempre hicimos las citas en general y por la Prensa. *Bradomín* no concurrió a ninguna cita, porque no